Sobre ceder el asiento a los ancianos en el bus

Había mucho tráfico en el centro de la ciudad y la gente se confundía entre los carros que iban apurados. Era una mañana de intenso calor, hora punta como dicen algunos, las ocho de la mañana, en la que todos tratan de llegar a su destino a como dé lugar (trabajo, colegio, universidad, etc.). Subí al primer bus que pasó porque de lo contrario me tardaría mucho más, pensé. Iba con mi madre y el bus estaba lleno y nadie quiso cederle el asiento reservado. Lamentaba en ese momento haber subido al bus y cuando por consideración a ella quisimos bajar del bus, alguien tocó mi mano. Volteé y no había nadie. Entonces escuché una voz que me hizo mirar hacia abajo. Era un niño y le estaba cediendo el asiento a mi madre. Era mi sobrino.

Me sorprendió verlo en el mismo bus. La indiferencia ante los ancianos, ese día me quebró. “No te preocupes tío”, dijo en ese momento mi sobrino que iba al colegio. Recordé por un instante las lecciones que mi padre nos daba cada mañana antes de irse a trabajar y por las noches antes de dormir. Mi padre decía: “Las acciones y las palabras dicen mucho de las personas. Es como una carta de presentación ante los demás y puede lograr que la gente nos acepte o nos rechace. David, me hizo recordar aquellos sencillos y prácticos consejos de mi padre que ahora me hacen pensar que todo empieza en el hogar y que el tiempo pasa, y que algún día todos llegaremos a ser ancianos. Creo me gustaría que me traten bien, que no me ignoren cuando ya no pueda mantenerme en pie y me gustaría que todos recordáramos a nuestros padres cada vez que veamos a una persona que necesite que al menos le demos el siento.

Referencia:

<http://xn--cuentoscortosparanios-ubc.org/ceder-el-asiento-a-los-ancianos/>